

**LAS PÚAS DEL
PUERCOESPÍN**
*Los misterios de Byomkesh
Bakshi*

SARADINDU BANDYOPADHYAY

Traducción:
Juan Jiménez Ruiz de Salazar

**QUATERNI**

The Rhythm of Riddles: Byomkesh Bakshi Mysteries translated from the Bengali by Arunava Sinha.
The Menagerie and other Byomkesh Bakshi Mysteries translated from the Bengali by Sreejata Guha
by Saradindu Bandyopadhyay.

First published by Penguin Books India in 2012
English translation copyright Penguin Books India
Copyright © Penguin Books India Private Ltd.
Spanish language copyright 2015 Quaterni

Copyright © 2015 Quaterni de esta edición en lengua española

© Quaterni es un sello y marca comercial registrados

Traducción: Juan Jiménez Ruiz de Salazar

LAS PÚAS DEL PUERCOESPÍN. Los misterios de Byomkesh Bakshi

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ISBN: 978-84-942858-8-2

EAN: 9788494285882

IBIC: FFH

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: info@quaterni.es

Internet: www.quaterni.es

Editor: José L. Ramírez C.

Revisión: Raquel Ramos Cudero

Diseño de colección: Quaterni

Diseño de cubierta: Cuadratín

Maquetación: Grupo RC

Impresión: Gráficas Díaz Tuduri, S.L.

Depósito Legal: M-28535-2015

Impreso en España

20 19 18 17 16 15 (10)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

LA CASA DE FIERAS

1

En Calcuta, poco después de la Segunda Guerra Mundial, durante el momento cumbre del verano, el hermano de Satyabati, Sukumar, se la llevó junto al niño a Darjeeling. Byomkesh y yo nos quedamos solos en el piso de Harrison Road para que nos asáramos en nuestro propio jugo.

Byomkesh tenía poco trabajo en ese momento. No era nada nuevo, pero, en esta ocasión, la longitud del periodo de descanso y la horrible monotonía del ocio nos estaban poniendo de los nervios. Necesitábamos alguna distracción de manera urgente. Además, para completar nuestra desgracia, Satyabati y el bebé estaban lejos. Envueltos en la más absoluta desesperación, incluso habíamos empezado a jugar al ajedrez.

Tengo una cierta habilidad en ese juego y me había encargado de enseñárselo a Byomkesh. Al principio, era un rival muy débil. Pero, con el tiempo, cada vez se hacía más difícil vencerlo. Al final, llegó el día en que me hizo jaque mate con el movimiento inesperado de un peón. Soy consciente del dicho acerca de que no hay vergüenza para el maestro por caer ante el discípulo, pero cuando empiezas a perder ante alguien a quien acabas de iniciar en el juego, empiezas a perder la confianza en tus propias habilidades. Estaba desconsolado.

Tampoco era de ninguna ayuda que hiciera un calor insopor- table. Comenzó una mañana de marzo en la que me desperté con la cama empapada en sudor. Desde entonces, había visto cómo subía lentamente el mercurio en el termómetro sin ninguna previsión de alivio en el horizonte. No era que no lloviera de vez en cuando, pero eso solo ocasionaba que subiera el nivel de humedad e hiciera más bochorno. El ventilador zumbaba sobre nuestras cabezas sin parar, día y noche, pero eso tampoco nos llenaba de alivio. Sentía como si me hubieran metido en un bote de sirope de *rasgulla*.

Con la mente y el cuerpo en una situación tan catastrófica, un día preparamos el tablero de ajedrez en el *charpoy*¹. Byomkesh estaba a punto de hacerme jaque mate con su torre y yo estaba sudando profusamente por la ansiedad que su movimiento me generaba cuando llegó una interrupción.

Fue un suave, pero persistente, golpeteo en la puerta. No podía ser el cartero, pues él llamaba agresivamente. ¿Quién podía ser? Nos miramos con expectación. ¿Sería ese nuevo misterio que esperábamos con tanta impaciencia, ese que clamaba buscando una solución?

Rápidamente, Byomkesh se puso una *kurta*² y abrió la puerta. Mientras tanto, yo también me adcenté envolviendo mi torso desnudo con una estola fina de muselina.

Al abrirse la puerta, apareció ante nosotros un caballero de mediana edad. Era de constitución media, con una mueca impasible y un rostro afilado perfectamente afeitado. En su nariz se asentaban unas gafas de cristales tintados sin montura. Llevaba puestos unos pantalones de un blanco puro y una camiseta de

1 Mueble típico de la India. Se parece a una cama, pero no tiene colchón.

2 Camisa suelta típica de la India.

seda a media manga. No llevaba calcetines, sino unas sandalias al estilo griego clásico. En conjunto, un aspecto adecuado.

—¿Byomkesh-babu...? —preguntó con un tono de voz culto.

—El mismo —respondió Byomkesh—. Pase, por favor.

Le ofreció un asiento al caballero y ajustó el regulador para aumentar la velocidad con la que giraba el ventilador sobre nuestras cabezas. El hombre sacó una tarjeta de visita y se la entregó a Byomkesh:

Nishanath Sen
Colonia Golap
Mohanpur, 24. Paraganas.
B.A.R.

La otra cara de la tarjeta llevaba la dirección telegráfica de Golap y el número de teléfono.

Byomkesh levantó su mirada de la tarjeta.

—«Colonia Golap». Es un nombre inusual.

Una pequeña sonrisa se dibujó en el rostro de Nishanath-babu.

—Colonia Golap es el nombre de mi jardín —explicó—. Tengo un negocio de venta al por mayor de flores, principalmente rosas. Por supuesto, también cultivamos verduras y hay un departamento de lácteos.

—Oh, ya veo —dijo Byomkesh atravesándolo con la mirada—. ¿A cuánto está Mohanpur de Calcuta, por cierto?

—Desde Sealdah, está a una hora de trayecto en tren. Pero no está precisamente en la ruta del ferrocarril, sino a un par de kilómetros de la estación —respondió Nishanath-babu.

Su forma de hablar era pausada, casi indolente. Su semblante cauteloso indicaba, sin embargo, que dicho estupor no provenía realmente de la vagancia o de la apatía, sino que se trataba de

una actuación preparada. Yo hubiera dicho que ese hábito había surgido de años de hablar con el tono cuidadosamente controlado.

Bajo la influencia del ritmo pausado y estudiado de nuestro visitante, la forma de hablar de Byomkesh también parecía haber adquirido una cierta indolencia.

—Decía que tiene un negocio —dijo muy lentamente—, pero no parece un comerciante; ni siquiera parece el agente de una compañía mercantil extranjera. ¿Cuánto lleva en eso?

—Algo más de diez años —respondió Nishanath-babu—. ¿Cuál, en su opinión, podría ser mi profesión?

—Diría que es un funcionario público, quizá un juez o un fiscal.

Tras los cristales tintados, los ojos de Nishanath-babu brillaron por un instante.

—No sé cómo lo ha adivinado —dijo, a pesar de ello, con su voz calma y contenida—. Estuve, de hecho, en la sección judicial del sector de Bombay y llegué a convertirme en el juez principal. Después me retiré y llevo con este negocio de floricultura durante los últimos diez años.

—Perdóneme, pero ¿cuántos años tiene? —preguntó Byomkesh.

—Me acerco a los cincuenta y ocho.

—Lo cual quiere decir que se retiró a los cuarenta y siete. Por lo que sé, la edad de jubilación de los funcionarios es de cincuenta y cinco.

Nishanath-babu se quedó en silencio unos momentos.

—Tengo alta la tensión arterial —dijo después—. Los primeros síntomas comenzaron hace diez años. Los médicos dijeron que tenía que dejar todo estrés mental porque si no, me causaría la muerte. Así que me retiré. Después me mudé a Bengala y empecé a cultivar flores y verduras. Aunque en este trabajo

no hay preocupaciones que puedan empeorar mi condición, la tensión aumenta con la edad.

—Dice que no da problemas, pero algo debe haberle estresado últimamente o no habría venido a vernos.

Nishanath-babu sonrió, un repentino destello de dientes blancos como perlas surgió desde la esquina de su boca.

—Sí. Aunque eso no es que sea muy difícil de deducir. Desde hace algún tiempo, está pasando algo extraño en mi granja...

—Se detuvo en ese momento y se giró hacia mí—. ¿Es usted Ajit-babu?

—Sí, es mi socio. No se preocupe, puede hablar libremente en su presencia —dijo Byomkesh.

—Oh, lo que les voy a contar no es ningún secreto —dijo Nishanath-babu—. Pero Ajit-babu es un hombre de letras y pensé que, tal vez, podría iluminarme en un asunto. ¿Existe algún sinónimo en bengalí para la palabra ‘chantaje’, Ajit-babu?

Me quedé aturdido ante la repentina pregunta. Llevaba años inmerso íntimamente en la lengua bengalí y sabía perfectamente que no estaba al nivel de la educación occidental. En la mayoría de los casos, las ideas occidentales tenían que expresarse en una lengua de su misma concepción.

—‘Chantaje’ es la extorsión de dinero por medio de la amenaza de divulgar un secreto. Por lo que sé, no hay ningún término equivalente en bengalí —tartamudeé.

—Eso pensaba —dijo, en un tono lleno de desdén—. En cualquier caso, es irrelevante. Déjenme resumirles el incidente.

—No tiene por qué resumirlo —interrumpió Byomkesh—. Denos todos los detalles. Eso nos ayudará a comprender mejor el caso.

—Toda la gente que trabaja para mí en Colonia Golap, sin contar los jardineros, pertenece a una casta respetable de la sociedad, pero todos tienen sus pequeñas idiosincrasias. No

se puede decir de ninguno que sea una persona sencilla o directa. Las formas habituales de ganarse la vida les están vetadas, así que todos se congregaron en mi puerta. Les di un lugar donde quedarse, comida y una paga cada mes. Esas son las condiciones para trabajar en la granja, pero al menos les he salvado del riesgo de exclusión.

—¿Puede explicarse un poco? —preguntó Byomkesh—. ¿Por qué esa gente tiene vetados los sistemas habituales de ganarse la vida?

—Algunos tienen alguna minusvalía física y, por tanto, no pueden mantener empleos normales. Por ejemplo, Panugopal, un joven perfectamente sano, pero que tiene un problema de oído y cuya capacidad expresiva tampoco es buena, tiene vegetaciones adenoideas hipertróficas. Es analfabeto. Lo he puesto a cargo de los lácteos y es feliz cuidando del ganado.

—¿Y el resto?

—Algunos tienen un pasado turbio. Por ejemplo, Bhujangadhar-babu. Es raro encontrarse un intelecto tan incisivo: era un cirujano especializado en cirugía plástica, pero cometió un delito tan horrible que revocaron su licencia médica. Ahora es el médico local de la granja.

—Ya veo. Continúe, por favor.

Byomkesh abrió su cigarrera y se la acercó al visitante, pero este declinó el ofrecimiento educadamente.

—Dejé de fumar cuando se me disparó la tensión arterial —dijo. Después, con su pausado y agradable estilo, continuó—: No hay ninguna complicación en el día a día de la granja. Siempre seguimos la misma rutina. Las flores florecen, las verduras maduran, las gallinas ponen huevos y la leche se convierte en mantequilla y *ghee*³. La granja posee un carromato que se carga con productos

3 Lácteo típico de la India. Es una mantequilla clarificada.

todas las mañanas y se envía a la estación. Desde allí, llegan a Calcuta en tren. Tenemos dos puestos en el mercado municipal, uno para las flores y otro para el resto. Las ganancias de esas tiendas son suficientes para cubrir los costes de la granja.

»Los días pasaban sin más, pero entonces, de repente, algo inusual ocurrió. Estaba dormido en mi habitación por la noche cuando el sonido del cristal rompiéndose me despertó. Me levanté y encendí la luz. En el suelo había una bujía de coche.

—¿Una bujía?! —exclamé.

—Eso es. Alguien la había lanzado desde fuera y había roto el cristal de la ventana. Era una oscura noche de invierno y no fue posible descubrir al culpable. Pensé que algún bribonzuelo estaba haciendo el tonto fuera. El complejo de Colonia Golap está abierto para todo el mundo. Hay vallas en las puertas para prevenir que las vacas y las cabras escapen, pero no son un problema para los humanos.

»Después de este incidente, pasaron casi doce días sin ningún problema nuevo. Entonces, una mañana, abrí la puerta principal y un carburador roto yacía ante mí. Dos semanas después, llegó una bocina. Después, unas llantas destrozadas. Y siguieron llegando partes de un coche.

—Parece que alguien quisiera regalarle uno por piezas —observó Byomkesh—. ¿Ha descubierto su significado?

Descubrí incertidumbre en el rostro de Nishanath-babu.

—Podría, por supuesto, tratarse de una broma de un chiflado —dijo, después de una corta pausa—. Pero algo me dice que no lo es. Por eso estoy aquí.

Durante un rato, Byomkesh se quedó mirando cómo el ventilador zumbaba sobre nuestras cabezas.

—¿Cuándo recibió la última parte rota? —preguntó después.

—Ayer. Solo que esta vez no fue ninguna pieza, sino un coche de juguete completo.

—¿En serio?! El tipo parece tener un verdadero sentido del humor. ¿Puedo asumir que todo el mundo en la granja está al tanto de lo que ha estado sucediendo?

—Así es. Se ha convertido en una broma para ellos.

—Dígame, ¿tiene usted coche?

—No, no tengo. No solemos salir mucho, ni tratar con gente fuera de la granja, así que meditamos la decisión de no comprar ninguno.

—¿Hay alguien en la granja que haya tenido algo que ver con automóviles?

—Nuestro conductor, Mushkil Mian, solía serlo de coches —respondió, con los labios separados en una sonrisa displaciente—. Suspendieron su licencia debido a múltiples cargos de conducción temeraria.

—¿Cómo ha dicho que se llama? ¿Mushkil Mian?

—En realidad se llama Nuruddin, o algo así. Todo el mundo lo llama «Mushkil Mian» por su costumbre de empezar las frases con «El problema es...».

—Ya veo. ¿Alguien más?

—Bueno, mi sobrino, Bijoy, tuvo hace tiempo una motocicleta que funcionaba a ratos. El año pasado, la vendió.

—Su sobrino. ¿También vive en la granja?

—Así es. Lleva el puesto de flores del mercado municipal. No tengo hijos. Mi esposa crio a Bijoy como si fuera nuestro desde que tenía quince años.

Una vez más, Byomkesh se quedó mirando el ventilador mientras pensaba.

—Señor Sen, ¿han tenido contacto, no importa si fue hace décadas, con alguien que tratara con motores? ¿Un vendedor de coches o algo así? ¿Algún mecánico? —preguntó.

Esta vez, Nishanath-babu se quedó en silencio un largo rato. Cuando habló, su voz sonó aún más baja que antes.

—Hace doce años —comenzó—, cuando era juez, acusaron a un hombre llamado Lal Singh de asesinato. Llevaba un pequeño taller de reparación de coches.

—¿Y?

—Lal Singh era un tipo con mal humor y beligerante. Había asesinado brutalmente a un empleado en su taller con una llave inglesa. En mi tribunal, lo sentenció a la pena de muerte. Iba a ser colgado —rio ligeramente—. Al oír la sentencia, me lanzó su zapato.

—¿Después qué pasó?

—Después apeló a la Corte Suprema. Esta mantuvo mi sentencia, pero conmutó la sentencia de muerte por catorce años de encarcelamiento riguroso.

—Catorce años... ¿así que sigue en prisión?

—Si la conducta de un prisionero es ejemplar, puede salir antes en libertad condicional —explicó Nishanath-babu—. Lal Singh puede haber salido ya.

—¿Lo ha comprobado? La oficina penitenciaria debería poder darle esa información.

—Me temo que no lo he hecho —dijo, levantándose—. No quiero malgastar más su tiempo, me voy ya. Les he dicho todo lo que tenía que decir. Por favor, investiguen mi caso y díganme si pueden hacer algo. Necesito saber quién está detrás de estos ataques sin sentido.

Byomkesh también se levantó.

—Puede que tengan incluso menos sentido del que les atribuye.

—En ese caso —declaró Nishanath-babu—, aún más motivo para intentar llegar al fondo del asunto. —Sacó un fajo de billetes del bolsillo del pantalón, los desdobló y los colocó en la mesa—. Les dejo un adelanto de cincuenta rupias. Les pagaré el resto cuando haga falta. Adiós.

Nishanath-babu se dirigió a la puerta.

—Gracias —le dijo Byomkesh.

En la puerta, Nishanath-babu dudó y se giró.

—Acabo de recordar algo más. Dudo que tenga importancia y no sé si les interesará.

—Por favor, díganoslo —le urgió Byomkesh.

Nishanath-babu dio un par de pasos hacia el interior de la habitación.

—Necesito que localicen a cierta mujer. Era una actriz llamada Sunayana. Hace un par de años, tuvo un par de papeles en una serie de películas de serie B antes de desaparecer. Lo ideal sería que pudieran localizarla, si no, consigan tanta información sobre ella como puedan. Y, si es posible, intenten conseguir una fotografía.

—Como era actriz, no debería ser difícil de conseguir —respondió Byomkesh—. Debería tener algo para usted dentro de un par de días.

—Gracias.

Cuando Nishanath-babu se marchó, lo primero que hizo Byomkesh fue quitarse la *kurta*, después cogió el fajo de billetes para contarlos. Una sonrisa traviesa se insinuaba en sus labios. Se acercó al armario para guardarlos.

—Nishanath-babu puede ser un caballero refinado, pero, desde luego, no tiene mucho sentido para los negocios.

Me había quitado el manto de muselina y estaba guardando el ajedrez en su caja.

—¿Por qué lo dices? —le pregunté.

Byomkesh encendió un cigarrillo y se tiró sobre el *charpoy*.

—Dijo que dejaba cincuenta rupias y me ha dejado sesenta —me dijo—. El hombre es inteligente, pero algo descuidado en cuanto al dinero.

—Dime, Byomkesh —le pregunté—, ¿cómo descubriste tan fácilmente que solía ser funcionario?

—No es tan difícil —respondió—. Por cómo iba vestido, no era el típico bengalí. Tampoco es costumbre en Bengala dar tarjetas de visita impresas para presentarse. Eso indica un tipo específico de trasfondo. Su forma de hablar también tenía un ritmo judicial. Pero todo eso no tiene importancia, lo que me interesa es por qué ha venido a verme.

—¿A qué te refieres?

—Tenía dos problemas. Uno era recibir las partes de coche rotas, el otro era la actriz Sunayana. ¿Cuál es el principal?

—Me parece que el primero. ¿No es así?

—No lo tengo tan claro. Nishanath-babu parece reservado por naturaleza. Tal vez no quería revelar sus verdaderos motivos, ni siquiera a mí.

Lo pensé un rato.

—Pero no tiene edad ya para estar persiguiendo actrices.

—Lo más importante es que carece del temperamento para ello, pues, no sería la primera vez que un escándalo por un anciano lujurioso sacude el país. Lo que sí saqué de su discurso refinado fue su poco respeto hacia la especie humana. No es que la desprecie, es un cinismo suave; un toque de remoto interés unido al desdén es la forma más exacta de definirlo, una mezcla de tamarindo con calabaza amarga, si lo prefieres.

Cuando mencionó esos dos ingredientes, recordé que Putiram me había dicho que ese día iba a hacer un *chutney*⁴ con ellos. Me levanté para darme un baño y prepararme para la comida.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le pregunté.

4 Especie de puré especiado típico de la India.

—Nada, solo voy a pensar sobre el asunto de las partes del coche —respondió—. Sin embargo, mi prioridad es perseguir a la actriz huida.

Byomkesh meditó en silencio, dando un par de caladas a su cigarrillo.

—¿Por qué tenía tanta curiosidad Nishanath-babu sobre la palabra ‘chantaje’? ¿De qué le servía saber si había un equivalente bengalí o no? —preguntó.

—Creo que tiene que ver con el subconsciente —respondí, mientras me masajaba con aceite el cabello—. Tal vez, Lal Singh ha salido de prisión y está intentando amenazarlo con el envío de esas partes rotas.

—Incluso si así fuera, ¿por qué iba a intentar chantajear a Nishanath-babu? Este no ha hecho nada ilegal, un juez tiene todo el derecho de sentenciar a muerte a un criminal. Por supuesto, puede que esté buscando venganza. Tal vez ha estado preparándola durante estos doce años. Pero no parecía ser el caso por el comportamiento de Nishanath-babu. Si sospechara de Lal Singh, hubiera, al menos, investigado si había salido o no de prisión.

Byomkesh echó a un lado la colilla y se tumbó en el *charpoy*.

—Creo que Nishanath-babu tiene una memoria excepcional —murmuró para sí mismo.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Durante su tiempo como juez, debe haber presidido miles de casos. Es imposible que recuerde los nombres y los detalles de todos y cada uno de los acusados. Pero ha recordado a Lal Singh sin problema.

—Lal Singh le tiró un zapato. Puede que por eso lo recuerde.

—Puede que sea eso —respondió Byomkesh, preparándose para encender otro cigarrillo.

—¡Oh, no, no, ni uno más! —protesté—. Vamos, casi es la una de la tarde.

—Muchos escritores conocidos como tú están relacionándose con miembros del ambiente cinematográfico. ¿Conoces a alguno en particular?

Lo cierto es que yo apenas tenía trato con mis colegas de profesión. Los autores elitistas no me tenían mucho aprecio por mi reputación como escritor de historias de detectives. Tampoco es que yo tuviera ninguna intención de establecer una relación con aquellos que habían cambiado de bando y se habían unido al mundo del *glamour* después de hacerse un nombre como escritores. Mi único amigo de ese estilo era el guionista Indu Roy. Aunque se relacionaba con las divas del cine, se comportaba como una persona normal.

—Ese está bien —me dijo Byomkesh cuando lo mencioné—. Creo que tiene teléfono. ¿Por qué no ves si sabe algo sobre Sunayana?

Busqué en la agenda su número y lo llamé. Estaba en casa.

—¿Sunayana? —dijo en respuesta a mi pregunta—. Pues no, el nombre no me suena de nada. Por supuesto, no estoy al tanto de toda la gente que pasa por aquí.

—¿Podrías decirme alguien que pudiera tener información sobre ella?

Indu-babu lo pensó un poco.

—¿Por qué no pruebas con Ramen Mullick? ¿Lo conoces? —me preguntó.

—No. ¿Quién es? ¿Es del mundo del cine?

—No exactamente, pero es una enciclopedia cinematográfica andante. No hay persona en el mundo del cine de quien no sepa incluso el más nimio detalle. Déjame darte su dirección para que puedas ir a verlo. Es una persona muy hospitalaria, te hinchará con su amabilidad. —Y me dio su dirección.

Esa tarde, Byomkesh y yo nos acercamos a la residencia de Ramen Mullick. Estaba vestido para salir y a punto de cerrar la puerta, pero nos invitó a su saloncito. Ramen-babu parecía tan rico como refinado. Era alto, con buen cuerpo y tendría unos cuarenta años. Su rostro, como una papaya, era más ancho en la mandíbula y menos en la frente, su bigote era fino y cuidado. Vestía ropa autóctona, un *dhoti*⁵ de seda plisado y una *kurta* elegantemente arrugada. Llevaba unos zapatos brillantes.

La referencia de Indu-babu, junto a la reputación de Byomkesh, hizo que Ramen-babu se rindiera ante nosotros. En minutos, había ordenado algo de *sandesh*⁶, así como *lassi*⁷ enfriado con cubitos de hielo.

—He oído que es una verdadera enciclopedia del mundo del cine y que no hay ni una persona de ese mundillo cuyos secretos más íntimos no conozca —dijo Byomkesh hablando del tema que nos interesaba en mitad de toda esa hospitalidad.

—Es una de mis aficiones —admitió con tímida modestia—. Uno debe tener alguna para sobrevivir. Entonces, ¿está buscando a alguien en particular?

—Sí, hace un par de años, una mujer llamada Sunayana...

—¡Sunayana! —exclamó, intrigado—. ¿Se refiere a... Nri-tyakali?

—¿Nri-tyakali?

—Ese es su nombre real. ¿Se ha descubierto algo nuevo sobre ella?

5 Vestimenta típica de la India. Es un trozo de tela que se enrolla alrededor de la cintura, se podría comparar con unos pantalones ligeros.

6 Dulce típico bengalí.

7 Bebida tradicional cuya base es el yogur.

—No sabemos nada de Sunayana, excepto el nombre. Nos hemos acercado a usted con la esperanza de descubrir algo nuevo.

—Oh... Pensé que venía en nombre de la policía... Pero, bueno, sobre Nrityakali... Lo cierto es que sé bastante, excepto dónde comienza y dónde acaba su historia.

—¿A qué se refiere?

—No sé de dónde vino ni adónde fue.

—¡Eso sí que es misterioso! ¡Y por lo que veo, la policía también estuvo interesada! Por favor, cuénteme todo lo que sepa.

Ramen-babu nos dio unos cigarrillos, encendió una cerilla y nos los prendió.

—Por fortuna —comenzó—, seguí la carrera cinematográfica de Nrityakali desde sus inicios. Y la razón por la que coleccioné cada pequeño detalle sobre el asunto hasta que cayó el telón fue que Murari era amigo mío. ¿Han oído hablar de Murari Dutta? Hablaremos sobre él después.

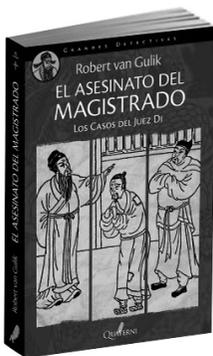
»Hace cerca de dos años y medio, me encontraba en el despacho de Gourhari-babu, el dueño de Gourando Studios, manteniendo una conversación con él. Gourhari-babu acababa de comenzar la producción de *El árbol del veneno*, la famosa novela de Bankim Chandra Chatterjee y los papeles principales ya habían sido seleccionados; solo quedaban los menores. Fue entonces cuando apareció una chica nueva.

»Esa fue la primera vez que vi a Nrityakali. No era nada especial, pero era joven y tenía cierto atractivo. Gourhari-babu aceptó hacerle una audición.

»En la prueba de imagen, Gourhari-babu se quedó embozado. Había pensado seleccionarla para el rol de una sirvienta o algo así, pero después de verla actuar, dijo que debería ser Kundanandini, la heroína. Sin embargo, Nrityakali lo rechazó

OTROS DETECTIVES EN ESTA COLECCIÓN

El juez Di



Kindaichi Kōsuke



Hanshichi



Más información en:
<http://quaterni.es>



Síguenos en:

<http://www.facebook.com/QuaterniEditorial>
<http://www.twitter.com/quaterni>
<http://www.pinterest.com/quaterni>